

Problemas de la revolución italiana

Jean van Heijenoort

9 de julio de 1944

<i>La república</i>	1
<i>Las otras consignas democráticas</i>	3
<i>Repuesta a las posibles objeciones</i>	5
<i>El peligro del ultraizquierdismo</i>	6

(Versión al castellano desde “Problèmes de la révolution italienne”, en *Cahiers Léon Trotsky*, n 67, octubre de 1999, París, páginas 26-36, también para las notas y esta presentación: “Este artículo no se publicó en la prensa del SWP hasta seis meses más tarde en el número especial de *Cuarta Internacional* sobre “La crisis revolucionaria en Europa”, páginas 19 a 22. Van Heijenoort lo había modificado en numerosas ocasiones a fin de hacerlo “aceptable” y dejar únicamente aquello que le parecía esencial)

Tras haber sido el heraldo de la reacción, y un modelo ampliamente invitado, el fascismo italiano se ha mostrado como uno de los eslabones más débiles de la cadena capitalista. Hace un año que se hundió y su caída es una advertencia para la reacción como lo fue para la revolución su aparición. Le enseña el futuro a Hitler y a todos sus satélites de Europa.

Cuando el régimen de Mussolini cayó como una manzana podrida, Italia entró en un período de inestabilidad revolucionaria. La revolución italiana está todavía dando sus primeros pasos pero crecerá, luchará, se educará y vencerá. Ya nadie se hace ilusiones sobre la estabilidad del actual régimen. Mañana esta inestabilidad será la de toda Europa. Tras la caída de las dictaduras, la vida política se verá llena de regímenes temporales, incapaces no solamente de resolver cualquiera de los problemas fundamentales de los pueblos europeos sino, simplemente, de mirarlos de frente. Las masas trabajadoras reunirán sus fuerzas y entrarán en acción. El ritmo del desarrollo revolucionario dependerá de numerosos factores que no se pueden analizar aquí. Así, los problemas de la situación actual en Italia deben ser estudiados con atención; en primer lugar por la extrema importancia que tienen en sí mismos; en segundo lugar, porque la revolución italiana sólo es el comienzo y, en un sentido, la repetición general de la revolución europea que se aproxima.

La república

El problema central de la vida política italiana ha sido hasta el momento la existencia de la monarquía. Las discusiones sobre esta cuestión han sacado a la luz la servidumbre, la corrupción y la ignominia de todos los partidos oficiales italianos, incluyendo a los estalinistas. El rey ha sido cómplice de Mussolini durante veinte años¹. Antes de abandonar los Estados Unidos para viajar a Italia, el llamado liberal conde Sforza² escribía:

¹ El rey **Víctor Emmanuel III** (1869-1947), jefe de la Casa de Saboya, había llamado a Mussolini, jefe del partido fascista, al poder en 1922 y le había apoyado hasta el final.

² El conde **Carlo Sforza** (1873-1952), un liberal, diplomático y después ministro de asuntos exteriores, había emigrado en 1926; se estableció en los Estados Unidos en 1940 y acababa de regresar a Italia.

“Puede que una parte de los italianos todavía estén a favor de la monarquía pero, tras tantos actos deshonestos y traiciones, sólo lo están por razones de oportunidad.”

En cualquier caso, pronto se hizo evidente que las “razones de oportunidad” eran lo bastante potentes como para ser respetadas, incluso por el conde Sforza. Entonces fuimos testigos de la farsa política más repugnante, cuyos actores eran algunos restos del liberalismo, como Croce³, el mismo Sforza, los estalinistas y diversos partidos demócratas y socialdemócratas. Tras las bambalinas, el rey y su hijo, las altas capas reaccionarias de la sociedad italiana, Churchill⁴ y la diplomacia aliada, se alegran con un espectáculo tan extraordinario. Croce, el filósofo del compromiso, explicó que estaba contra el rey en tanto que individuo pero no contra la institución monárquica. Ese fue siempre el sueño de los liberales reaccionarios, conservar la monarquía y no tener más que buenos reyes. El agente estalinista Palmiro Togliatti (Ercoli) ha declarado al llegar de Moscú que estaba “*contra el rey en tanto que institución, no en tanto que individuo*”⁵. ¡Seguramente había quedado impresionado por la remarcable y generosa personalidad del rey!

¡Se ha establecido un deshonoroso compromiso con la nominación al título de lugarteniente general del reino del príncipe heredero⁶! La veneración y amor del pueblo italiano hacia esta marioneta de Churchill, el Papa y Roosevelt⁷, se ha traducido en algunos simbólicos disparos. La monarquía sigue siendo el centro de reclutamiento de la reacción: los ultrarreaccionarios del “*Partido Azul*”, de la Iglesia y de Churchill, tan preocupado por las cuestiones de seguridad en el Mediterráneo. Todo nuevo desarrollo de la revolución italiana planteará, inevitablemente, la cuestión de la existencia de ese nido de intrigas contra el pueblo.

El partido revolucionario debe responderles a todos los monárquicos, a los cadáveres ambulantes del liberalismo y a los estalino-monárquicos con esta consigna: *¡Proclamación inmediata de la república! ¡Arresto del rey, del príncipe heredero y de toda la familia real! ¡Confiscación inmediata de todos sus bienes en beneficio del pueblo!*

El partido que difunda incansablemente estas consignas entre las masas en estas semanas atraerá infaliblemente su atención y las preparará para consignas más avanzadas: en un estadio más evolucionado, ese partido disfrutará de la autoridad de haber previsto la marcha del desarrollo y de haber estado al lado de las masas en sus luchas más elementales. El beneficio será inmenso.

La consigna de república se impone tanto más cuanto que en la actual situación los partidos obreros oficiales se han unido a la monarquía.

Esta consigna no está solamente dirigida contra el actual régimen y contra los Aliados, sino que también es un arma contra los coalicionistas⁸, los partidos estalinista y socialista.

³ **Benedetto Croce** (1866-1952), filósofo, había sido ministro de Instrucción Pública después de la guerra.

⁴ **Winston Churchill** (1893-1964), líder conservador, antiguo animador de la intervención contra la revolución rusa, dirigía desde 1940 el gabinete de guerra británico.

⁵ **Palmiro Togliatti** (1893-1964), dirigente comunista italiano y miembro del ejecutivo del Comintern, había sido vuelto a enviar desde Moscú, donde vivía desde hacía años, para retomar las riendas de un PC algo desorientado. El paso a la nueva política indicada más arriba fue llamado “*el giro de Salerno*”, donde él pronunció un sonoro discurso.

⁶ **Umberto II** (1904-1983) era el primogénito del rey Victor-Emmanuel, ligado a la política de su padre. Poco después sobrevivió a un atentado.

⁷ **Eugenio Pacelli**, Papa bajo el nombre de **Pio XII** (1976-1958), era un decidido anticomunista. **Franklin D. Roosevelt** (1882-1945), presidente desde 1933 había hecho entrar en la guerra a los Estados Unidos.

⁸ La palabra “*coalicionistas*” designa a los partidarios de la “*coalición*”, es decir de la Unión Sagrada.

Las otras consignas democráticas

La reivindicación de una *Asamblea Constituyente* está destinada a jugar un importante papel durante todo un período del desarrollo de la revolución italiana. El partido revolucionario no puede dejar de inscribir en su programa la consigna del *sufragio universal, igual, directo y secreto para todos los hombres y mujeres a partir de los 18 años*. Sin embargo, es difícil en la actual hora determinar con precisión las condiciones prácticas del empleo de esta consigna en la agitación cotidiana. Italia todavía está dividida en dos partes por un frente militar y, mientras que esa consigna conserve todo su valor propagandístico, un llamamiento a elecciones inmediatas puede muy bien estar fuera de lugar. Por otra parte, el problema de la Asamblea Constituyente está ligado a la cuestión de la monarquía. No es imposible que mañana, el lugarteniente general del reino, llame a celebrar elecciones pero amañadas, con listas electorales reducidas, para un parlamento amordazado por una cámara alta, esta misma compuesta por senadores elegidos indirectamente, incluso nombrados por la Corona. En tal caso, la consigna del momento puede muy bien ser el boicot a las elecciones.

Mientras la agitación inmediata por la Asamblea Constituyente puede retrasarse a causa de la división en dos del país por el frente, el partido revolucionario puede y debe lanzar la consigna de la *elección de todos los funcionarios por el pueblo*. Los Aliados hablan de una “*depuración*” de los fascistas por la administración italiana. Se quejan de las innumerables dificultades de tal operación, buscando una definición de la palabra “*fascista*”, etc. Cuando finalmente llegan a expulsar a media docena de fascistas de sus sinecuras crasamente pagadas, están tan vanidosos por haberlo hecho que han repetido la proeza de Hércules limpiando los establos de Augías. ¡Qué hipocresía! Una administración más eficaz y menos costosa se podría constituir mediante la *elección popular de todos los funcionarios en pueblos y ciudades*.

Todo programa de reivindicaciones democráticas comprende *el derecho de reunión, libertad de expresión, prensa y asociación*, sobre todo en lo concerniente a los sindicatos, etc. El partido revolucionario debe luchar no solo incansablemente por estos derechos sino movilizar al pueblo alrededor de cada cuestión concreta en la que estén en juego estos derechos.

Los privilegios de la Iglesia Católica plantean en Italia problemas candentes. El *New York Times* ha publicado recientemente una foto de la Italia “*liberada*” con una fotografía de un aula en una escuela italiana con un cura católico preparado para verter su negro obscurantismo sobre las cabezas de los desgraciados niños. El *Times* da a entender que en eso radica uno de los beneficios aportados a Italia por los “*liberadores*” anglo-estadounidenses. Sin embargo en ello hay una impúdica mentira. Una de las primeras medidas del fascismo, tras la toma del poder, fue volver a poner los crucifijos en las escuelas y hacer obligatoria la enseñanza religiosa en la escuela primaria. El ateo Mussolini⁹ conocía tan bien como el protestante Roosevelt el valor de la Iglesia Católica para el conservadurismo social.

A la hipócrita “*libertad de conciencia*” de los Aliados, el partido revolucionario debe oponerle la reivindicación de la *separación inmediata de la Iglesia y el Estado y la confiscación de los bienes de la Iglesia en beneficio del pueblo*.

⁹ Recordemos que antes de ser el *Duce* de los fascistas, **Benito Mussolini** (1883-1945) había sido un socialista de izquierdas. Durante la Primera Guerra Mundial se pronunció a favor de la intervención al lado de los Aliados, después estimó que los Aliados habían frustrado la victoria de Italia. Jefe del partido fascista, jefe del gobierno, se mantuvo en el poder de 1922 a 1943.

La ocupación alemana en Europa ha creado en todo el continente, incluyendo a los países de la Europa Occidental, donde esta cuestión parecía resuelta para siempre, un candente problema nacional. Únicamente los “*demócratas*” superficiales pueden imaginar que este problema desaparecerá con la derrota del imperialismo alemán.

El problema nacional subsistirá de forma permanente en una Europa en ruinas. Aunque muchos indicios muestran, incluso para quienes rehúsan verlos, que los “*liberadores*” anglo-estadounidenses se transforman rápidamente en “*invasores*”. Las consignas democráticas más elementales están no solamente dirigidas contra la corona y sus partidarios, los restos liberales y los estalinistas neorrealistas, sino también contra el despotismo paternalista de los Aliados que han prohibido toda opinión política a excepción de la de la reacción. Así, las tres consignas de república, asamblea constituyente y elecciones libres, tienen un carácter directamente antiimperialista. El partido revolucionario debe añadir: *¡Fuera manos de la política italiana! ¡Dejad que el pueblo italiano se exprese!*

Italia tiene mucha población campesina que el fascismo ha condenado a la pobreza y la desesperación. La elaboración de un programa concreto de reformas políticas y económicas en los pueblos es un deber urgente del partido revolucionario. Los planes de reforma agraria deben tener en cuenta la estructura económica de cada provincia, mostrar cómo se pueden superar las dificultades, abrir perspectivas de futuro para los proletarios rurales y para los pequeños propietarios italianos.

¿Esta enumeración de consignas democráticas significa que en el actual estadio de la revolución solo se deben utilizar estas? Por nada del mundo. No establecemos ninguna barrera entre las consignas democráticas, transitorias, y las consignas socialistas. Todas las consignas, y cada una de ellas en particular, se integran en nuestra perspectiva de derrocamiento completo de la sociedad. No nos limitamos a ello. El examen de lo que debería ser el programa de transición socialista, que debería ser el de la Italia de hoy en día, supera el objetivo de este artículo, pero no existe ninguna contradicción entre tal programa y las reivindicaciones democráticas; por el contrario, existe un constante y libre paso entre aquél y éstas.

Indudablemente, el deber de un partido revolucionario es popularizar la idea de los soviets desde ahora mismo (puede ser que bajo un nombre más apropiado para las tradiciones revolucionarias italianas). La ocasión de crear soviets podría incluso surgir en un futuro bastante próximo. Pero los soviets no caen del cielo. Su origen es más modesto; un comité de huelga, un comité de fábrica, un comité de defensa contra las bandas fascistas; un comité de control de los precios; un comité electoral, etc. En el cumplimiento de su tarea limitada, tropiezan con obstáculos que los empujan a emprender acciones más amplias. Un período revolucionario se caracteriza, precisamente, por el hecho que la solución para el más pequeño problema influye en la suerte de la sociedad entera.

La oposición entre la Asamblea Constituyente y los soviets es actualmente completamente artificial. Sólo en el estadio más elevado de la lucha comporta alguna realidad (de hecho, en su conclusión). Si aparecen soviets en Italia en un próximo futuro, será movilizandolos a las masas sobre la base de consignas democráticas. Se pueden crear soviets bajo la forma de comités electorales con el objetivo de organizar las elecciones a la Asamblea Constituyente, levantar listas electorales, etc. Incluso cumpliendo esas humildes funciones, tropezarán con la resistencia del aparato administrativo burgués y, poco a poco, se verán forzados a tomar conciencia de su poder y de su futuro papel. Nazcan de una forma o de otra, en tanto que comités de fábrica, por ejemplo, lo que es posible en todas las ciudades industriales, su evolución será completamente parecida.

La fórmula no debe ser Asamblea Constituyente o Soviets sino crear soviets y desarrollar su conciencia política a través de la lucha por la Asamblea Constituyente.

Las reivindicaciones democráticas son el puente que toma a las masas tal y como son ahora y las conduce al programa socialista.

Respuesta a las posibles objeciones

Sin duda alguna, toda propuesta de emplear sistemática y resueltamente consignas democráticas impuestas por el conjunto de la situación, provocará aquí y allí reacciones ultraizquierdistas. Podemos imaginar que la mayor parte de los argumentos no serán nuevos y, como nuestro partido ha tenido ya cien veces ocasión de refutarlas, podemos esperar esta vez tranquilamente que se nos vuelvan a plantear. Sin embargo se pueden examinar dos o tres argumentos pues será una ayuda para precisar nuestra posición¹⁰.

Un argumento que se opone al empleo de reivindicaciones democráticas puede ser el siguiente: “*Las masas italianas están hambrientas y desesperadas. Les da igual la república, el rey o el príncipe heredero, quieren pan, etc.*” Esta forma de plantear el problema está fuertemente impregnada de anarquismo. Tal disociación de las tareas políticas y económicas (o sociales) es completamente errónea. En verdad, ahora vamos hacia una revolución social en Italia. Sobre ello no hay la menor duda. Pero ello no significa que los problemas políticos desaparezcan de la escena. Muy al contrario, surgirán uno tras otro, grandes y pequeños, y exigirán de forma siempre imperativa una solución.

Incluso si admitimos que en la hora actual los obreros de vanguardia se dan claramente cuenta de que una república no puede aportarles nada (al menos que sea la de un gobierno obrero y campesino) nada prueba que hayamos llegado ya a ese estadio; detrás de esa vanguardia hay obreros menos avanzados, los trabajadores rurales, los campesinos, la pequeña gente de las ciudades, sin la ayuda y la abnegación de los cuales la revolución es imposible, que por el momento depositan sus esperanzas de un futuro mejor en una república, en una asamblea libremente elegida por ellos. Todos los problemas económicos y sociales encuentran su expresión concentrada en el plano político y la principal cuestión en ese plano es *monarquía o república*.

Otro argumento posible contra el empleo de las consignas democráticas puede formularse así: “*Este empleo sería perfecto si la IV Internacional tuviese ahora en Italia un gran partido capaz de poner en movimiento a amplias masas. Desgraciadamente no es este el caso. El problema se plantea, pues, en términos completamente diferentes: consiste en la creación de un partido revolucionario potente y, para lograrlo, todo programa de reivindicaciones democráticas es inútil*”. Las premisas de este razonamiento son correctas, la conclusión falsa.

Es cierto que el partido revolucionario está todavía por construir en Italia y que la victoria es imposible sin la construcción de tal partido. Pero esta tarea no podrá realizarse al margen de la lucha cotidiana de las masas. Este problema se ha discutido a menudo en Europa, sobre todo en Francia y Bélgica, en el momento en que la situación política ya había alcanzado un estadio prerrevolucionario y en el que las organizaciones de la IV Internacional siempre se han opuesto resueltamente a las tendencias que trataban de limitar estrictamente la acción de nuestros grupos a programas y consignas

¹⁰ Sabemos que en realidad se trata de argumentos que fueron utilizados por los representantes de la mayoría de la dirección del Socialist Workers Party en las discusiones preparatorias de su XI convención.

propagandísticas, hasta el día en que hubiésemos formado un gran partido que surgiese, como Minerva, de la cabeza de Júpiter.

Uno de los resultados de estas controversias fue la adopción en 1934, por la sección francesa de la IV Internacional, de un *Programa de Acción* que cada revolucionario deseoso de ejercer un papel en la revolución europea que se aproxima tiene el deber de estudiar en profundidad.

Para acabar, hay un argumento que quisiera refutar aquí, aunque no sin alguna duda, pues es absolutamente banal: “¿Cómo puede usted escribir cualquier cosa válida sobre estas cuestiones aquí, en Nueva York, a millares de kilómetros de Italia? Hay que dejar esos problemas a los revolucionarios italianos. Después de todo, no son cuestiones de principio o de estrategia, sino detalles de táctica que dependen de la disposición de las masas y que deben dejarse a quienes están en contacto directo con ellas.” En realidad todas las consignas que podemos lanzar en el extranjero son, en cierta medida, ensayos. Sin embargo, para ayudarnos disponemos de una gran experiencia histórica. Nuestro movimiento ha estudiado de cerca las etapas sucesivas de numerosas revoluciones, su historia natural, por decirlo así. Las consignas propuestas en este artículo no representan nada nuevo y la evidencia histórica a favor de su aplicación en la presente situación en Italia es tan grande que la carga de la prueba de lo contrario recae sobre el eventual adversario: es él quien debe probar por qué no habría que emplearlas.

Hablar de reivindicaciones democráticas como de cuestiones que únicamente tienen que ver con la táctica, indignas de ocuparse de ellas desde lejos, puede ser peligroso. Con la mejor de las estrategias, un partido puede ir a su pérdida a causa de una táctica falsa. También es erróneo. Es cierto que cada reivindicación democrática no tiene un carácter de principio. Pero no podemos decir lo mismo del empleo de reivindicaciones democráticas en general pues éstas pertenecen a nuestra estrategia de la revolución.

*El peligro del ultraizquierdismo*¹¹

La guerra ha levantado una enorme oleada de reacción. Las organizaciones obreras oficiales no han sido las últimas en seguir e incluso reforzar la corriente. De palabra y hecho, los estalinistas han estado en la cúspide de la reacción. Los restos de su Internacional, ligeramente ofuscada por tal grado de impudicia, le siguen con gusto.

Bajo esas condiciones, se podría decir: “*El principal peligro es el oportunismo; ¿Por qué preocuparse del ultraizquierdismo?*” Semejante forma de plantear la cuestión es absolutamente falsa. El peligro oportunista es enorme, cierto, pero ese es, precisamente, el motivo por el que el peligro sectario no puede ignorarse sino vigilarlo atentamente. El oportunismo no elimina el ultraizquierdismo, al contrario, lo engendra. El ultraizquierdismo no es más que otra cara del oportunismo, su sombra, una reacción infantil contra él y, en un sentido, el rescate que la clase obrera debe pagar por él.

La putrefacción de la II Internacional durante la primera guerra provocó la aparición de muchas tendencias ultraizquierdistas. La organización alemana de Luxemburg y Liebknecht¹² estaba impregnada de ultraizquierdismo y precisamente por ese motivo se rompió la crisma; en Francia el oportunismo se mezclaba con el

¹¹ Van aborda aquí la cuestión central en el debate con el SWP sobre el que consideraba que su dirección tenía posiciones ultraizquierdistas. Pero lo hace de soslayo.

¹² **Rosa Luxemburg** (1871-1919) y **Karl Liebknecht** (1871-1919), cabezas visibles de las izquierdas en la socialdemocracia alemana antes de la guerra, fundadores de Espartaco durante la guerra, fundaron el Partido Comunista Alemán y fueron asesinados poco después.

ultraizquierdismo en grandilocuentes consignas, etc. Lenin se vio obligado a escribir un panfleto especial contra el izquierdismo, enfermedad infantil.

Al final de esta guerra y con el ascenso revolucionario, podemos esperar las mismas tendencias, probablemente con una intensidad mucho más considerable. Surgirá una nueva generación de jóvenes revolucionarios que no tendrán mucha experiencia acumulada. En numerosos casos, especialmente en Italia, habrán crecido bajo la ilegalidad, sin muchas ocasiones para estudiar las lecciones del pasado. Los crímenes del orden burgués han sido tan atroces, el servilismo de los funcionarios de los partidos obreros tan repugnante, que muy bien se pueden esperar reacciones de impaciencia. Además, Europa ha conocido años de sabotaje y terrorismo que no dejarán de pesar, con sus trazas de aventurerismo, en la política de más de un buen partido obrero revolucionario.

Bajo los golpes de la experiencia, durante los veinte años de entreguerras, el ultraizquierdismo se vio obligado a abandonar numerosas posiciones iniciales. Pero el punto al que se mantuvo más obstinadamente sujeto fue a su hostilidad al empleo de las consignas democráticas de transición. Sobre ello nuestro movimiento debe llevar adelante una larga lucha. No es inútil señalar desde ahora que uno de los primeros documentos políticos que nos han llegado de Italia, el *Manifiesto* de los trotskistas italianos, sólo contiene algunas partes confusas y erróneas que ya han sido examinadas en nuestra prensa. Pero un aspecto netamente negativo de este documento es su carácter abstracto, su distancia de la vida política italiana y, en consecuencia, su incapacidad para adelantar un programa de acción ligado a las necesidades de las masas italianas.

Entramos ahora en una época histórica durante la que la propaganda general no será suficiente. Los liberales, los reformistas y todos los admiradores del progreso burgués siempre esperaron que la Rusia zarista se elevara progresivamente al nivel cultural y democrático de la Europa Occidental. Sucedió todo lo contrario. Con la desagregación de la civilización capitalista, Europa Occidental cayó al nivel de la Rusia despótica e incluso más bajo aún; los reformistas y centristas se habían acostumbrado a considerar al bolchevismo como a un producto de la Rusia atrasada, no lo bastante bueno para el socialismo occidental iluminado.

Y ahora, toda Europa es buena para el bolchevismo. La historia pone todas las enseñanzas del bolchevismo al orden del día más imperativamente que nunca. Y una de esas enseñanzas es el desprecio del bolchevismo hacia la simple propaganda tendente a iluminar las virtudes del socialismo, es la incapacidad de sentir las aspiraciones de las masas, de explotar el lado progresivo de esas aspiraciones y, después de eso, de llevar adelante una acción susceptible de separar a las masas de sus partidos y jefes conservadores. Esta lección no puede olvidarse en los presentes tiempos.



Visita nuestra página web: <http://grupgerminal.org/?q=node/517>

Para contactar con nosotros: germinal_1917@yahoo.es